

LOS HUMILDES

LA LLEGADA

DESPUÉS de la muerte de la vieja doña Ana, arreglados los asuntos, Pablo Valena se hizo cargo de su sobrinita y, como se había acordado, llevósela á Orolá á vivir en el seno de su familia.

Orolá es una pequeña población sarda de la provincia de Sassari. Ciudad muy floreciente en tiempo de la dominación romana, decadente después al ser invadida por los sarracenos, resurgió bajo la soberanía de los Barisone y mantuvo su grandeza hasta la abolición del feudalismo en Cerdeña hacia la primera mitad del siglo último.

Bellísimos paisajes constituyen los alrededores de Orolá; cierran el horizonte montañas graníticas, al sur y á levante, bajo un alto cielo azul. Entre las familias más distinguidas de esta ciudad, han figurado siempre y figuran ahora los Valena, gente bien acomodada y que descende de una rama de los *principales* sardos. Son éstos los miembros de las familias más poderosas y

ricas del pueblo, conservadoras de las viejas tradiciones.

Los Valena, poco á poco se habían transformado en burgueses, vistiendo como señores, y en su casa se habían introducido hábitos á la moderna.

No eran, en verdad, una familia noble, pero preocupábanse mucho del trato social y de los prejuicios del pueblo; no se permitían el lujo de un saludo inútil. La casa estaba arreglada con gusto y las muchachas seguían la moda y frecuentaban la sociedad más selecta de la ciudad.

De los dos hermanos, uno estudiaba y el otro era agricultor. Pablo Valena, el jefe de la familia, era también agricultor, como todo buen terrateniente sardo, y á la vez industrial y comerciante. Su hermano Jacinto había estudiado también. Cuando se licenció establecióse como médico en un villorrio del bajo Logudoro, y se casó con una moza noble pero nada rica. Este matrimonio motivó otro. Andrés Malvas, hermano de la mujer de Jacinto, desposó á una hermana de éste, una chica delicada y nerviosa que murió de una impresión de horror trágico, dando prematuramente á luz una niña, al saber que su marido había sido asesinado por venganzas políticas.

Anita, la pobre niña nacida antes de tiempo, bajo tan tristes auspicios, fué recogida por la vieja doña Ana, su abuela, una señora austera y triste, siempre de luto, un luto casi trágico, como el de las aldeas sardas. Después de la muerte del hijo y de la nuera, la casa de los Malvas permaneció

cerrada á toda alegría. Las paredes fueron desluciendo y el humo dejó pátina opaca, color de cera sobre los muros, en los muebles, contagiando de su entenebrecido aspecto hasta el ambiente.

En aquella casa silenciosa, casi fúnebre, Anita pasó la infancia y creció como un capullo enfermo, una de esas flores esmirriadas y pálidas que se abren en los parajes áridos y agrestes.

Un día doña Ana cayó enferma, y á pesar de los cuidados de Jacinto, murió.

Llamado por su hermano, llegó al villorrio Pablo Valena y acordó llevarse á la niña. Jacinto tenía muchos hijos y era para él carga insoportable recoger á Anita. Doña Ana había dejado un escaso patrimonio, y éste gravado por hipotecas.

Al cabo de una semana Pablo partió con Anita. Contaba ésta entonces trece años. No estaba aún en edad de darse cuenta de la gravedad de su desgracia, ni de su situación en el mundo. Pasado el gran dolor de los primeros momentos por la pérdida de doña Ana, que había constituido para ella toda la familia, alegróse con la idea de vivir en una ciudad, en una hermosa casa llena de gente, los mayores y los niños. Parecíale que toda la gente de Orolá debía ser buena, alegre y feliz.

Durante el viaje en coche, la visión del campo que reverdecía al caliente rayo de un sol de Febrero, producíale una especie de encanto de los ojos y sugestión del espíritu. Nunca había contemplado tanto espacio libre, tanto azul, tanto sol, y miraba

maravillada al tío con quien charlaba, pidiéndole noticias:

—¿Está todavía distante? ¡Dios mío, qué lejos!

Y suspiraba con uno de esos rumorosos suspiros de niño que dicen tantas cosas. Pablo le contestaba con afecto.

Era un hombre bueno y generoso, muy amante de su familia. En tan poco tiempo había puesto un gran cariño en la niña, y creyéndola entristecida, mirábala con mimosa afabilidad. Creía encontrar en su rostro una marcada semejanza con el de sus hijas, sobre todo con Catalina, la más querida.

En la jornada de viaje comenzó á contarle cosas de Orolá y de su familia. Anita no cavilaba un momento si sería bien acogida, si encontraría sitio en aquella casa ya poblada en demasía. Creía con entera certidumbre que la recibirían con regocijo.

Y miraba las plantas florecidas al borde del camino, ansiosa de coger un gran ramo de flores, y después fijábase en la cabeza de Pablo y sentía el deseo de preguntarle por qué sus negros cabellos comenzaban á blanquear mientras que los del tío Jacinto conservábanse negros como ala de cuervo.

—¿Cuántos años tiene?—atrevióse á preguntarle.

Él, sonriendo, contestó:

—Muchos, muchos, más de cuarenta...

—La abuela no llegaba á los setenta...

Temiendo que el recuerdo de la muerte la entristeciera, Pablo cambió la conversación, preguntándola por sus estudios.

Anita sabía leer y escribir; durante cuatro años había asistido á la escuela del lugar y Pablo quedó satisfecho de la inteligencia que mostraba la niña recordando las cosas estudiadas. No; no era tan niña como demostraba en su charla; por lo menos era una niña con espíritu que la vida triste que había llevado no permitió se des-
envolviera.

—¿Te agradaría ir á la escuela de Orolá?

—No. ¿No sé leer y escribir? Es mejor que me manden á coser ó á cuidar el fuego.

—¿Á cuidar el fuego? ¿Por qué?

Anita no sabía explicarlo. Vió revolar á rás de un sembrado una becada y comenzó á batir palmas y suplicó al tío que hicieran alto.

Pablo la contentó, parando el carruaje.

—¡Lástima no haber traído el perro! Debe haber aquí muchas becasas.

Reanudaron el viaje. Anita se durmió en un rincón del coche, y Pablo la sentía hablar, soñando en voz alta.

—Al menos llevamos la cena... ¡Lástima no haber traído el perro!...

Aludía á las dos becasas quen habían cogido antes.

Pablo la miró afectuosamente, cavilando: «haremos de ella lo que queramos; es buena la pequeña».

Y se volvió para charlar con el viejo cochero.

*
* *

Al despertar, Anita vió que era ya noche cerrada. El carruaje se había detenido

delante de una casona, y al fondo del portón iluminado Anita vió cinco ó seis caras muy graciosas.

—¡Buenas noches! ¡buenas noches! decían al unísono todas. Descendió Anita rápidamente del coche y se encontró en brazos de una muchachita alta y robusta que la llevó casi en vilo al interior de la casa. La puerta se cerró y Anita escuchó el ruido del coche que se alejaba.

—Aquí está nuestra pequeña doña Ana, dijo Pablo Valena encarándose con su mujer y con sus hijos.

Revolvíanse todos en torno á la recién llegada, abrazándola y testimoniándola que se la recibía con cariño. Ella miraba á todos con ojos asombradizos.

Realmente eran muchos.

A más de María Fara, la esposa de Pablo, y de sus siete hijos, había dos criadas y una vecina. Y de añadidura un perro y dos gatos que miraban fijamente á Anita.

Nel, el más pequeño de los hijos, revolvíase dentro de la cuna con los piecitos al aire, y Antonino, el penúltimo, repantigado en el sillón del padre, preguntaba á gritos:

—¿Qué me han traído?

—Te he traído esta nueva hermanita, respondióle Pablo. Anda, dale un beso.

En medio de tanta confusión, todavía mareada del viaje en coche, Anita sentíase atolondrada y no hablaba.

María Fara, por la primera impresión, juzgóla una niña torpe y cerril.

Llevaba puesto un vestidillo pobre, de

indiana negra, y con el pañuelo anudado á la barbilla, tenía un aire marcado de tosquedad, que aumentaban la palidez cetrina de la piel, el perfil del rostro irregular y la boca demasiado grande.

Tenía los ojos pardos y el cabello castaño, gordezuelas las manos y gruesos también los pies mal calzados, como una chica de aldea, de montaña. «¡Sólo Dios sabe lo mal educada que estará!», pensó María Fara, levemente disgustada ante la idea de que la pobre niña había de dormir en el mismo lecho de su hija Catalina.

Por su parte Anita sentíase intimidada por el mirar de María, que era una mujer alta, robusta y muy hermosa. También Pablo ahora la infundía respeto. Mas, en cuanto las criadas y la vecina se marcharon, y se retiró Pablo en compañía de su mujer, Anita pudo darse cuenta exacta del lugar donde se encontraba y de las personas con las que en adelante había de convivir.

Antonino se había acercado á besarla con fraterno cariño.

—¿Cómo te llamas?, le preguntó.

—Ana. ¿Y tú?

—Antonino; y ésta, Catalina.

Le presentó á la hermana. Contaba ésta diez años y era morena, vivos y ardientes sus negros ojos.

Anita quiso saber el nombre de todos y las respectivas edades.

El primogénito llamábase Sebastián y tenía veinte años. El segundo era César y hacía llamarse Cesáreo. Era el estudiante que asistía al Instituto, y ahora disfrutaba

las vacaciones de Carnaval. Mucho más alto que Sebastián, aunque con dos años menos, era un buen mozo con la cabellera en rizos y unós ojazos centelleantes.

Las dos muchachas que les seguían eran gemelas, Angela y Lucía, iban de los diez y seis á los diez y siete años.

Angela era alta y robusta como su madre y Lucía pequeña, sutil y delicada. Los rostros, sin embargo, asemejábanse.

—¿Estás muy cansada? preguntó Sebastián acercándose á Anita, en tanto que Lucía y Angela arreglaban la mesa.

—¡Cuida á Nell!, gritó después á Antonino.

—No; no estoy cansada. He dormido todo el viaje... Mas ¿por qué llora tanto el pequeño?—respondió Anita. Y se levantó, acercándose á la cuna.

—¡Mira, Lucía, qué bella trenza! exclamó Angela señalando á Anita.

En aquel momento volvió María Fara y, como las chicas, quedó maravillada de la hermosa trenza de Anita. Era, en verdad, hermosa, gruesa como el puño de Sebastián y muy larga.

—¡Dios mío, no he visto cosa igual! decía Catalina. Es cinco, veinte, cuarenta veces mayor que la mía...

—¡Ya lo creo! exclamó Antonino.

—Dios la bendiga, se debe decir.

Todos tocaron la trenza de Anita, y ésta esponjábese orgullosa de regocijo.

—¿Por qué llora tanto el pequeño? dijo inclinándose sobre la cuna y besando á Nel.

—¡Nel mío! ¡pobre Nell!—exclamó Cata-

lina acariciando del niño los rosados piececitos.

—Nel. ¡Cállate, corazoncito mío! Aquí está tu madre...

Catalina lo tomó en brazos y el niño comenzó á sonreír.

—¡Qué hermoso niño; es muy bello!, dijo Anita acariciándolo.

Catalina la puso al corriente de todo. Nel tenía catorce meses y le habían salido ya los primeros dientes.

Era muy lindo, pero lloraba de continuo y era necesario cunearlo para que se durmiese. Antes de cenar, Anita sabía ya muchas cosas referentes á su nuevo hogar. La habitación donde se hallaban era el comedor, muy sencillo, las paredes blancas, modesta la mesa y la sillería. Un brasero esparcía un dulce calor por la estancia y una lámpara de aceite, colgada del techo, la alumbraba. Anita advirtió que todos vestían trajes oscuros de invierno. La señora María, Angela y Lucía vestían chaquetillas de paño, Antonino un traje á la marinera—primer vestido masculino—y Catalina un ropón de indiana azul. También Nel tenía uno igual. Cesáreo estaba en zapatillas, en contraste con su camisola bien planchada, y Sebastián por el contrario calzaba recios zapatones.

—Tengo hambre, ¿y tú?, preguntó, al entrar, Pablo, ocupando su sitio junto á la mesa. ¡Lástima que no podamos comernos la becada esta misma noche! Lo has soñado ¿verdad?

Anita callóse. También tenía apetito pe-

ro no se aventuraba á confesarlo. Se le hizo sentar entre Catalina y Lucía.

Nel ocupaba un silloncito alto, y Antonino sentábase en un extremo de la mesa porque al comer molestaba á todos. No siempre la señora María comía y cenaba en paz, pero aquella noche, en honor de Anita, no sobrevino ningún incidente.

—Dormimos juntos esta noche—decía Catalina. Tanto mejor, porque yo tengo frío siempre. Mañana te enseñaré las muñecas ó esta noche...

—¡Muy bien!, exclamó Angela. Tú crees que vamos á hacer una mimosa como tú de Anita?

Mas Catalina continuó charlando sin hacer caso de su hermana.

A un extremo de la mesa Pablo con la mujer y los hijos hablaba de cosas serias y Antonino, en el otro, aprovechábase de su soledad para dar raciones de su cena á los gatos que estaban siempre junto á su silla.

Anita reía, pero íntimamente sentíase triste. Parecíale que no todo era bello y alegre como había soñado.

Terminada la cena los hombres dispersáronse y las mujeres se reunieron en torno á la lumbre. Abrumaron á Anita á fuerza de preguntas sobre su pasado, acerca de la vida en el villorrio, sobre la mujer del médico Jacinto y sobre otras muchísimas cosas.

—Dormirás con Catalina—repitió María.
—Juntas rezaréis vuestras oraciones.

Las dos chicas, acompañadas de Angela, fuéronse á su alcoba.

—En este baúl—dijo Angela—metemos mañana tu ropa.

—Sí; gracias, respondió Ana.

—No andes tan espantadiza—agregó Angela ayudando á quitarse el traje á Ca-



talina—pues debes saber, Anita, que en adelante serás nuestra hermana.

—Sí, señora, continuó Catalina.

Cubrió Angela á las niñas con el embozo de la cama, repitiendo:

—Diréis juntas las oraciones. Nosotras no tardaremos en recogerlos.

—¿También duerme usted aquí?

—Sí; en aquella cama.

Echó Anita una rápida ojeada á la alcoba. Había en ella dos lechos, con colchas azules rameadas, un lavabo con espejo, una mesita, baúles y sillas.

Todo muy limpio y en orden.

—¿Qué oraciones sabes? preguntó Catalina.

—Muchas.

Anita recordó las muchas oraciones que le había enseñado y que le hacía recitar doña Ana, y entonces pensó intensamente en la muerta.

Cuándo estuvo acostada Anita, tomó la luz Angela y salió de la alcoba.

—Yo rezo tres *padre nuestros*, *ave marías* y *glorias* á Santa Catalina de Sena y un credo á San Antonio. ¿Quieres rezarlos conmigo? Yo no tengo miedo á la oscuridad ¿y tú?—dijo Catalina.

—Yo tampoco—respondió Ana. Pero, realmente, sentía un gran pavor en aquella oscuridad nueva y desconocida, en aquel amplio lecho frío con las sábanas suaves como el raso. Sin la compañía de la voz fresca y alegre de Catalina hubiese llorado amargamente. El viento frío de las noches de Febrero hacía sonar, sacudiéndola, un tubo de chimenea en una casa lindante. Aquel sonido agudo, metálico, producía en Anita una sensación de espanto y pensaba en la abuela muerta con una ternura infinita. «¿Dónde estará ahora?» «¿Tendrá

frío?» «¿Por qué he venido?», cavilaba, haciéndose la señal de la cruz, junto á Catalina. Rezaron en voz alta.

Apenas habían dicho el Credo, Catalina preguntó:

—¿Por qué tienes largas las mangas de la camisa? Yo, toca, las tengo cortas...

Sin esperar respuesta comenzó á decirle qué ropa blanca y cuántos vestidos tenía. Anita permanecía callada. Ella era habladora pero le aventajaba Catalina y decía muchas tonterías. En comparación, Anita era una niña seria. Aquella noche sentíase invadida por tristes pensamientos, á pesar de la grata impresión del viaje que evocaba plácidamente su memoria. Volvía á ver, allá muy adentro, el campo, las plantas en flor, la llanura, el río, las becasas, y la voz de Catalina parecía la voz del tío.

Al cabo de un momento Catalina calló. En el silencio profundo, el rumor del tubo de chimenea sacudido se hizo más estridente, mucho más triste. Anita no podía dormir porque había dormido casi toda la tarde en el coche, y ahora, en la oscuridad, inmóvil, sentía instintivamente la tristeza medrosa que sienten los niños en los lugares extraños, entre gente desconocida. Al sonar el toque de ánimas—las campanas sonaban de otro modo que en su aldea—la pequeña doña Ana rompió á llorar. Catalina no se apercibió porque dormía profundamente.